



EVA ILLOUZ

La salvación del alma moderna

TERAPIA, EMOCIONES
Y LA CULTURA DE LA AUTOAYUDA

conocimiento



EVA ILLOUZ, *La salvación del alma moderna. Terapia, emociones y la cultura de la autoayuda*, traducción de Santiago Llach, Katz editores, Buenos Aires y Madrid, 2010, 316 pp. ISBN 978-84-92946-01-3. (*Saving the Modern Soul: Therapy, Emotions, and the Culture of Self-help*, 2008).

DESDE la sociología de la cultura y la sociología de las emociones, Eva Illouz realiza un análisis de la influencia de las narrativas terapéuticas en las sociedades de la modernidad tardía. Ya desde la introducción marca las distancias con la teoría cultural europea de Foucault, Derrida o Habermas. “Mi intención aquí es más bien apartar el campo de los estudios culturales de la *epistemología de la sospecha*, de la cual ha dependido en demasía. O, para decirlo con otras palabras, deseo analizar la cultura sin la presunción de saber por adelantado cómo deberían verse las relaciones sociales” (p. 15). No obstante esta afirmación, considero que Foucault está muy presente en el trabajo de Illouz por la categorización de la realidad generada por los discursos y la relevancia del “saber-poder”.

Justo en la contraparte, esto es, en la conclusión del libro, también se distancia, más tíbiamente, de los estudios culturales. “El abordaje defendido en este libro no abandona la vocación crítica de la sociología pero nos permite asumirla de una manera diferente, desde un punto de vista diferente del que fue asumido tradicionalmente por los partidarios de los estudios culturales” (p. 305).

La posición teórica de la autora debemos buscarla en la sociología de la cultura con una patente influencia de Weber, el pragmatismo americano y con explicaciones de los fenómenos sociales multidimensionales.

El libro analiza el fenómeno cultural que supone la expansión y proliferación en todos los ámbitos sociales del lenguaje y las prácticas psicológicas. El origen de este cambio cultural, que la autora asemeja al cambio de paradigma científico, se situaría en la confluencia de las teorías psicoanalíticas y la sociedad estadounidense de principios del siglo XX, que se mostró especialmente receptiva a las teorías de Freud. La causa de esta generosa acogida fue, por una parte, la respuesta científica que daban las ideas freudianas a muchos problemas psíquicos abordados por la medicina. En segundo lugar porque permitía dejar de lado una serie de prácticas acientíficas de curación que estaban proliferando en la medicina estadounidense de la mano de grupos médicos espiritualistas o religiosos.

Por esta razón las conferencias que Freud dictó en la Universidad de Clark en 1909 contaron con un público selecto, como Stanley Hall, William James, James Putnam, E. B. Titchener y Adolf Meyer. El carisma de Freud, además de generar amplia aceptación de sus teorías entre la clase médica, cautivó a las élites intelectuales y feministas de la época, embrión de la contracultura de años posteriores. Así pues, los movimientos de liberación sexual y el feminismo que luchaban contra los valores tradicionales y la familia autoritaria, encontraron en el discurso psicoanalítico un gran aliado, ya que este fomentaba la racionalidad y el desarrollo individual frente a la asunción de roles sociales fijos. De esta forma el psicoanálisis penetra masivamente en la cultura popular estadounidense a través de la literatura de autoayuda, el cine y la publicidad.



Quizá la aportación más interesante que realiza Eva Illouz es su análisis sobre la incorporación de las categorías psicológicas al ámbito de la economía capitalista, dando lugar al “capitalismo emocional”, tal y como lo denomina la autora. Desde esta perspectiva el gerente abandona las actitudes autoritarias y despóticas, propias del capitalismo tradicional, para adoptar un control emocional que representa, al menos aparentemente, una relación más humana. La atención hacia los sentimientos de los trabajadores produce lealtad y confiabilidad, lo que aumenta la eficacia y la productividad. Por otra parte, la masculinidad hegemónica del capitalismo tradicional se ha transformado en una feminización andrógina que ha incorporado categorías psicológicas como el “control emocional”, la “empatía” o “la escucha activa” en la comunicación y en las relaciones laborales. Los manuales más recientes del mundo empresarial incorporan una mezcla de espiritualidad, pensamientos positivos y energía positiva en un cúmulo de estrategias de “congraciamiento”, esto es, “estrategias cuyo objetivo es convertirse en alguien agradable en función de proyectar amabilidad, una actitud positiva hacia los demás y la capacidad de reconocerlos” (p. 110).

El lenguaje terapéutico también se ha extendido por la esfera de lo íntimo, en el terreno de la familia. La crisis de la familia moderna supuso no sólo la separación de la reproducción y la sexualidad, sino también un proceso de individuación cada vez mayor. Este nuevo modelo cultural basado en el discurso terapéutico legitima lo que en la familia tradicional estaba prohibido: los conflictos matrimoniales. Así pues, la dinámica relacional en el seno de la familia se convierte en un lugar de confrontación de derechos y de negociación. El modelo de comunicación es, pues, el aspecto fundamental que regula la intimidad de los miembros de la pareja. Dicho de otra forma, la subordinación a los roles establecidos en la familia tradicional se ha trasmutado por el “lenguaje del yo” propio de la psicología y por las técnicas de negociación racional.

Por otra parte, debido al aumento de la preocupación por el bienestar social en los Estados, se produce una institucionalización de la perspectiva terapéutica en el aparato del Estado (“Estado terapéutico”). Este hecho permite que el mercado se fije en las posibilidades de la psicología a través de la industria farmacéutica y las compañías de seguros. La medicación psiquiátrica es uno de los apartados que más beneficios genera en la industria farmacéutica. La expansión de ese mercado va unida al aumento de nuevas patologías con tratamientos cada vez más específicos.

La narrativa terapéutica conlleva un discurso biográfico que selecciona hechos significativos en el transcurrir de la propia vida. La superación del sufrimiento psíquico vinculado a esos datos pasa, según la autora, por la exposición pública del relato personal. Este hecho es utilizado por el mundo televisivo que utiliza la entrevista terapéutica en algunos de sus programas (“talk show”).

Desde la perspectiva de la búsqueda de la autorrealización, la autora analiza el lucrativo negocio de la literatura de autoayuda y de los talleres de desarrollo personal. Como ejemplo de estos talleres habla del taller de “empoderamiento” de Werner Erhard, en el que se mezcla la espiritualidad, las ideas filosóficas y la psicología, con un espíritu muy propio de la *New Age*.

El último capítulo comienza con unos textos de Freud donde plantea una conexión entre la estratificación social y las emociones. Es decir, igual que podemos deducir la posición social de una persona en función de las capacidades emocionales que manifieste, de la misma forma podemos suponer que nuestras emociones pueden condicionar el éxito social. “Pero para que la vida emocional juegue un rol en la estructura social, debe haber un mecanismo que haga posible la conversión de la acción emocional en recursos sociales... el mecanismo que media entre la estructura social y las emociones es el inmenso aparato cultural desplegado por la

doctrina psicológica” (p. 254). Además en este capítulo critica el concepto de inteligencia emocional. Para Illouz la manera como abordamos las situaciones sociales está más vinculada al contexto y a los códigos culturales manejados que a la capacidad de expresar nuestras emociones, tal y como se mantiene desde la inteligencia emocional. La eficacia social no depende de la conciencia de nuestras emociones, ni siquiera es deseable en la mayoría de las ocasiones, dice la autora. Sin embargo, en el mundo empresarial la inteligencia emocional es utilizada como un modo de predecir la productividad y clasificar a los trabajadores. Como consecuencia de todo esto el nuevo capitalismo conexionista eleva el lenguaje de la psicología a núcleo fundamental de conexión entre los individuos de todo el mundo.

Quien quiera ver en el libro de Illouz una crítica descalificadora de la psicología como saber científico creo yo que se equivoca. La escritora no pretende cuestionar los fundamentos epistemológicos de la psicología como conocimiento, sino el fenómeno cultural que ese saber ha generado y las implicaciones sociológicas de esa nueva forma de interacción social. De hecho, uno de los argumentos nodales de su exposición es la funcionalidad de la psicología, con sus herramientas y sus técnicas, para manejar y dar respuesta a una serie de problemas sociales incipientes en la sociedad de finales del XIX y principios del XX como eran la crisis de la familia tradicional, el surgimiento del feminismo, los conflictos laborales vinculados a la lucha de clases, el conflicto entre la individualidad moderna y la necesaria cooperación social o el surgimiento masivo de la publicidad y los medios de comunicación de masas. La narrativa psicológica se ha convertido en el lenguaje fundamental de la modernidad tardía y es precisamente el lenguaje psicológico el que evoca las emociones más patentes a Eva Illouz: “Al igual que otras personas, he sido testigo de los éxitos a menudo palpables de la terapia. Pero aun así, cuando me he topado con ‘lo terapéutico’ en libros, en giros del habla y en la literatura de autoayuda popular a menudo me llamó la atención la banalidad de un lenguaje que curiosamente ha aplanado nuestra imaginación y nuestra experiencia emocional” (p. 299). A la luz de esta cita resulta clara la ironía del título del libro: “La salvación del alma moderna”.

Xavier Torró Biosca

